

Prólogo

El acercamiento a cuestiones metafísicas por parte de amplios sectores de la filosofía analítica actual constituye algo más que una curiosa paradoja digna de ser relatada. Es un acontecimiento cuyo significado merece una detenida reflexión filosófica. Por un lado, procede situar este sesgo sorprendente en la historia del pensamiento contemporáneo; por otro, y sobre todo, conviene hacerse cargo de los nuevos problemas que plantea y de las posibilidades que abre, tanto a la metafísica como al análisis.

Mi aproximación al tema de las relaciones entre metafísica y análisis lingüístico proviene de una preocupación que me acompaña desde el inicio de mis estudios filosóficos: cuál sea la suerte de la metafísica tras la “revolución copernicana”. En el libro *Fenómeno y trascendencia en Kant* (1973), expuse el resultado de mis investigaciones acerca del alcance metafísico del propio pensamiento crítico. Desde la interpretación ontológica de Kant, pero introduciendo en ella sustanciales modificaciones, intenté destacar la índole específica de la filosofía trascendental como metafísica transformada y abierta –por su interna dinámica reflexiva– a ulteriores radicalizaciones y rectificaciones. Creo que acerté a dar allí con algunas claves que permiten realizar una lectura kantiana –trascendentalista– de Kant, y –lo que me interesaba más– comprender desde Kant los principales replanteamientos de la cuestión del ser en el pensamiento contemporáneo, vinculados de un modo u otro al proceder característico de la filosofía trascendental.

Las ontologías de inspiración fenomenológica –Heidegger y Hartmann, especialmente– quedaron examinadas bajo este enfoque en mi artículo “Actualidad y efectividad” (1974). Pero ya entonces advertí que el núcleo problemático de estas nuevas ontologías residía en un punto insuficientemente dilucidado por la filosofía trascendental: la cuestión de la pluralidad de sentidos del ser y, en particular, la distinción entre ser como hecho y ser como acto. Tal era la nueva figura que adquiría el problema de las relaciones entre lo dado y su fundamento, que me tenía en vilo desde el comienzo. Pues bien, al buscar un modo de proceder para su adecuado tratamiento, caí en la cuenta de que la filosofía analítica más reciente se estaba ocupando rigurosamente de la cuestión de los sentidos del ser, en confrontación –implícita o explícita– con

la filosofía trascendental e incluso con la metafísica aristotélica, tierra natal de tales indagaciones.

La propia filosofía analítica se me apareció –con la terminología de Apel a la vista– como una ulterior transformación de la metafísica kantiana, que –al someter la crítica gnoseológica a una crítica lingüística– conducía no pocas veces a una inesperada reedición de planteamientos semejantes a los del realismo metafísico, aunque en otras ocasiones se encaminara hacia reducciones radicalizadoras del pensamiento trascendental, próximas a desembocar en el final de la filosofía.

En mi estudio “Filosofía trascendental y filosofía analítica (Transformación de la metafísica)” (1978), procuré trazar un esquema interpretativo de esta encrucijada del pensamiento contemporáneo. Pero, cada vez más, las cuestiones hermenéuticas empezaron a ceder su lugar a las estrictamente metafísicas. A pesar de sus limitaciones –de su positivismo aún latente–, la metodología analítica permite abordar los permanentes problemas metafísicos en ese clima de rigor y seriedad científica característico de la mejor tradición occidental, cuyas virtualidades quedan tantas veces ocultas ahora tras el empecinamiento ideológico, la apelación retórica a la inefabilidad o el mero ensayismo. La consideración más atenta de la articulación lógico-lingüística de la filosofía primera facilita además el trascender las consideraciones históricas, para volver a tratar de casos y cosas reales, con una pretensión de vigencia, es decir, de estricta actualidad.

Este libro recoge los resultados de algunas investigaciones así encaminadas, tal como los expuse en diversas series de lecciones de ontología y filosofía del lenguaje dictadas en la Universidad de Navarra desde el curso 1977-78. Aunque esta finalidad didáctica –la claridad como objetivo primordial– se manifiesta en el tono expositivo de algunos desarrollos, no pretendo ofrecer una descripción pormenorizada y completa de la historia de los problemas tratados o del pensamiento de los autores expuestos. Desde luego, no me detengo en conflictos interpretativos o en minuciosas discusiones “técnicas”, tan caras a los analíticos. Lo que he intentado, sobre todo, es encararme con los viejos enigmas de la ontología a la luz nueva de los recursos metodológicos aportados por el análisis. Estos intereses exclusivamente filosóficos distan mucho de intenciones polémicas o de estrategias oportunistas y siempre inoportunas. Tal es el clima teórico que presidió aquellas lecciones y del que espero que estas páginas sean trasunto.

De los cuatro capítulos que componen el libro, tiene el primero un sentido propedéutico: se exponen en él las reflexiones históricas y metodológicas que encuadran este estudio. Las cuestiones sistemáticas que se discuten en el resto de la obra se refieren todas ellas a los sentidos del ser. Ciertamente,

el tratamiento completo de los modos como el ser se dice, equivaldría a un recorrido por el entero territorio de la metafísica. Aquí sólo comparecen temáticamente aquellos sentidos a los que habitualmente se presta menos atención y que, sin embargo, presentan la mayor relevancia lógico-lingüística e incluso metafísica: sobre todo, el ser coincidental y el ser veritativo. Apenas he abordado la capital cuestión de las categorías, que obtuvo un tratamiento preferente por parte de la metafísica clásica y de la filosofía trascendental. He preferido centrarme en el problema de la existencia y en algunos puntos concernientes a las modalidades, por ser extremos donde se aprecia claramente el mencionado acercamiento de la analítica a la metafísica, así como el alcance y los límites de su asistencia. En cualquier caso, el elenco de temas aquí considerados es sólo una muestra de la amplia gama de indagaciones que podría encuadrarse bajo el lema “Metafísica y lenguaje”. Confío en que otros investigadores sigan explorando este dilatado panorama; por mi parte, considero el camino recorrido como avance hacia un enfrentamiento más directo con los problemas metafísicos.

Aunque debo advertir que los apartados 1 y 2 del capítulo I reproducen literalmente gran parte de mi artículo “Filosofía trascendental y filosofía analítica (Transformación de la metafísica)”, también he de hacer constar que he podido adentrarme en ciertos puntos y precisar otros. El apartado “Actualidad y efectividad” guarda estrecha relación con el trabajo del mismo título, por más que el tiempo transcurrido desde su publicación haya exigido en este caso una detenida revisión.

En el capítulo de agradecimientos figuran en primer lugar mis colegas y alumnos de las Universidades de Valencia y Navarra, que tantas veces me manifestaron su amistad al escucharme y hacerme llegar sus observaciones críticas, muchas de las cuales he podido acoger. Mi especial reconocimiento para los profesores Ignacio Angelelli (Austin), Peter Geach (Leeds), Fernando Inciarte (Münster), y Antonio Millán-Puelles (Madrid): cada uno a su modo —desde muy diversas posiciones filosóficas— me abrieron perspectivas prometedoras y respondieron con tanta comprensión como competencia a mis consultas. Aunque este libro les debe buenas dosis del impulso que me ha llevado a escribirlo, las tesis que en el definiendo son de mi exclusiva responsabilidad y sus posibles errores o defectos corren sólo de mi cuenta.

Un buen número de jóvenes profesores universitarios han colaborado en estos estudios a través de las investigaciones llevadas a cabo, por mi consejo o bajo mi dirección, en sus Tesis Doctorales y Memorias de Licenciatura, publicadas ya algunas de ellas y en curso de realización otras tantas. Si en algo he podido orientarles con mis sugerencias, mayor ha sido la ayuda que de su labor he recibido y de la que he procurado dejar constancia en estas páginas.

Quizá hayamos contribuido entre todos a que –serenamente– la filosofía se cultive en las Universidades españolas bajo el signo del trabajo y de la comunicación.

Pamplona, 24 de octubre de 1983.